



Un compromiso de 1956, enmendado de forma pragmática, podría resolver rápidamente la cuestión de las islas Kuriles.

Posted on Agosto 17, 2026

El compromiso enmendado de 1956 que se presenta en este artículo favorecería sus intereses y, posiblemente, también los de Estados Unidos, pero requiere que Rusia dé el primer paso al plantear informalmente esta propuesta.

La primera visita de Putin a las islas Kuriles durante su viaje a Iturup fue duramente criticada por la primera ministra japonesa, Sanae Takaichi, debido a las continuas reivindicaciones territoriales de su país sobre esa isla y varias otras que Tokio considera sus “territorios del norte”. Kunashir, Shikotan y las deshabitadas islas Habomai completan el resto del territorio ruso cuyo control se disputa en el noreste de Asia. Cabe mencionar que el Acuerdo de Yalta devolvió las islas Kuriles a la URSS, pero Japón planteó un tecnicismo.

Desde su perspectiva, las islas mencionadas anteriormente supuestamente nunca fueron consideradas legalmente parte de las Islas Kuriles, pero un memorando del Departamento de Estado de

1949 argumentaba que Shikotan, rica en acuicultura, y las Islas Habomai son las únicas cuyo estatus legal bajo el Acuerdo de Yalta podría ser discutible. La Declaración Conjunta Soviético-Japonesa de 1956 , que restableció sus relaciones diplomáticas, incluyó un compromiso por el cual Moscú acordó transferir esas dos islas a Tokio después de que firmaran un tratado de paz.

Por razones que escapan al alcance de este análisis, pero que muchos en Rusia sospechan que se debieron a la influencia estadounidense sobre Japón, su gran compromiso fracasó. Por ello, la disputa persiste hasta el día de hoy, con Tokio reclamando las cuatro áreas mencionadas anteriormente. Putin invirtió considerable tiempo y esfuerzo en restablecer el compromiso de 1956 para impulsar la inversión japonesa, abrir más su mercado energético a las exportaciones rusas y evitar de antemano la dependencia rusa de China.

Estos resultados también responden a los intereses nacionales objetivos de Japón, pero la naturaleza emotiva de esta disputa para parte del electorado japonés impidió su resolución incluso bajo el mandato del difunto primer ministro Shinzo Abe, a quien Putin consideraba un amigo cercano y con quien discutió este tema extensamente. Putin lamentó el empeoramiento de las relaciones ruso-japonesas durante su gira por el Extremo Oriente ruso, justo antes de su viaje a Iturup, para indicar que esta es la respuesta de Moscú a la tendencia que atribuye a Tokio.

El análisis anterior, con sus respectivos enlaces, remite a los lectores a estos dos análisis ([aquí](#) y [aquí](#)) para que profundicen en las razones por las que Rusia considera que Japón representa una amenaza creciente para su seguridad y en el papel que Estados Unidos prevé que Japón desempeñe en la nueva arquitectura de seguridad regional. El propósito de estas referencias es destacar las implicaciones militares y estratégicas de un posible deterioro de las relaciones ruso-japonesas, con el fin de señalar por qué Japón debería, en cambio, llegar a un acuerdo con Rusia.

La paz y la estabilidad son imperativos primordiales que podrían generar beneficios económicos y geoestratégicos para Japón, siempre y cuando Tokio retome el acuerdo de 1956 con Moscú. En ese escenario, incluso si Japón no levanta todas sus sanciones antirrusas de inmediato, podría comenzar haciéndolo de manera sectorial y geográfica, siguiendo el modelo de esta propuesta de hace una década sobre un “Condominio Socioeconómico de las Islas del Norte” (NISEC) entre Sajalín, las Kuriles y Hokkaido.

La idea es que estas tres regiones podrían convertirse en el núcleo de un proyecto de integración económica más amplio, que podría extenderse a todo el Extremo Oriente ruso, rico en recursos, con acceso privilegiado de Japón a su riqueza energética y mineral, como se detalla [aquí](#) y [aquí](#) . En lugar de seguir dependiendo de las impredecibles importaciones de energía de Asia Occidental y del procesamiento de minerales de tierras raras chinos, políticamente vulnerable, Japón podría recurrir a Rusia como una solución cercana con la estrategia de inversión adecuada.

En el plano geoestratégico, Rusia impulsaría su objetivo de evitar preventivamente la dependencia de China, lo cual también beneficia a Japón. Dada la estrecha relación de Japón con India, y teniendo en cuenta que India ya está expandiendo su presencia en el Extremo Oriente ruso a través del Corredor Marítimo Oriental, son posibles grandes inversiones conjuntas japonesas e indias centradas en los recursos naturales, tanto en extracción como en procesamiento. Los abundantes recursos hidroeléctricos de Rusia en la región y el consiguiente bajo costo de la energía hacen que esta opción sea aún más atractiva.

En resumen, según el acuerdo de 1956 que se propone, Japón recibiría Shikotan y las islas Habomai a cambio de renunciar a sus reivindicaciones sobre Kunashir e Iturup. Esta contrapartida se vería reforzada con la creación de NISEC y el acceso privilegiado a los recursos del Extremo Oriente ruso. Una vez implementado por completo, este plan (probablemente por fases) evitaría de forma preventiva la dependencia rusa de China, al tiempo que reduciría la dependencia japonesa de Estados Unidos, fortaleciendo así mutuamente su soberanía.

Además, la economía japonesa ya no estaría a merced de un hipotético conflicto en el Mar de China Meridional gracias a su menor dependencia de las importaciones energéticas de Asia Occidental, mientras que el comercio con la UE podría optimizarse a través de la Ruta Marítima del Norte de Rusia. Con la llegada masiva de energía y recursos minerales a bajo costo desde el otro lado del mar que lleva su nombre, la economía japonesa podría experimentar un renacimiento largamente esperado, lo que mejoraría su competitividad en el emergente orden económico mundial.

Por mucho que Takaichi crea sinceramente en la validez de las reivindicaciones de su país sobre Kunashir e Iturup, sin mencionar la influencia de la presión política interna de algunos votantes y la discreta presión internacional de Estados Unidos, debería explorar con valentía la solución de compromiso propuesta en este artículo. Al fin y al cabo, a Estados Unidos también le conviene que Rusia evite de antemano la dependencia de China, como se explica aquí y aquí, por lo que Trump podría convencerse si el argumento de su nueva amiga Takaichi resulta lo suficientemente persuasivo.

Considerando las tres influencias que la afectan —sus propias opiniones sobre el tema, la presión política interna y la discreta presión internacional de Estados Unidos—, esta propuesta podría requerir que Rusia dé el primer paso, proponiéndola informalmente a través de canales diplomáticos o de expertos. Esto podría generar mayor conciencia sobre el tema entre los funcionarios japoneses, los expertos y, eventualmente, la sociedad en general, lo que posiblemente reduciría la presión política interna sobre Takaichi y, por lo tanto, la animaría a discutirlo con Trump.

Los diplomáticos y expertos estadounidenses también podrían enterarse de esto a través de sus homólogos japoneses si Rusia lo plantea informalmente por uno o ambos canales. En este sentido, Rusia haría bien en dar el primer paso, lo que podría reinterpretar el primer viaje de Putin a las Islas Kuriles

como el tercer ejemplo de su reciente estrategia de “escalar para desescalar”, al presentar una propuesta viable de desescalada tras una “escalada política” (desde la perspectiva japonesa). El Kremlin debería reflexionar sobre esto.

*Andrés Korybko, analista político estadounidense radicado en Moscú, especializado en la transición sistémica global hacia la multipolaridad. Colaborador de elmaipo.cl

El Maipo

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de sus autores, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.